

¡CAMPO LIBRE!

TERCERA EPOCA

ORGANO DE LA FEDERACION REGIONAL DE CAMPESINOS Y ALIMENTACION DEL CENTRO

C. N. T.

Año I

Madrid, 22 de octubre de 1938

Núms. 21 y 22

A. I. T.

Los acuerdos tomados en nuestro Comicio, fruto de largas deliberaciones, hay que cumplirlos estrictamente y con rapidez

DESPUES DEL PLENO

Si queremos dar virtualidad a los acuerdos que tan acertadamente hemos tomado en el último Pleno, se nos plantea la necesidad de que a la mayor brevedad los Sindicatos y Colectividades, pongan a contribución toda su potencia espiritual y económica para el buen éxito de nuestra empresa. Pero para que obtengamos el éxito que esperamos de estos acuerdos, no solamente de nosotros depende el logro aquel. Además de entrar en juego los factores espirituales y económicos de nuestra Organización, tienen los organismos del Estado que prestarnos una ayuda eficaz, ya que los resultados de nuestro trabajo son, de una manera directa, para beneficio de todos los antifascistas.

No somos nosotros los que nos hemos quedado atrás para crear una organización práctica, aglutinando en su seno la dirección técnico-administrativa de toda la industria agro-pecuaria, y que su distribución canalice las energías para salvar la catástrofe de la guerra mediante una economía tan vital como la de nuestra producción campesina.

Por eso, de una manera categórica, el Pleno se manifestó por el Gobierno una ayuda para las Organizaciones que rinden cuanto den para la guerra. Venga por parte del Gobierno la reciprocidad al entusiasmo de los campesinos. Facilitense semillas, abonos y herramientas y, sobre todo, a tiempo; a tiempo, porque, teniendo que importar estas materias, las pocas que llegan, llegan tarde. Respétese, por parte de Intendencia y los Comités de Abastos, la producción obtenida, ya que el proceder que se sigue no solamente redundará en perjuicio del abastecimiento de nuestro Ejército y nuestra retaguardia, sino que también vuelve egoístas a nuestros campesinos. Fórmulas hay para buscar solución a este problema que a todos interesa.

Y si necesario es esto, mucho más necesario es que, al movilizar quintas, se proceda de otra manera que como hasta aquí se viene haciendo. Y al hablar así, hablamos ante el proceder que el Gobierno sigue y los resultados que estamos sacando. No estamos conformes con que se movilice para fortificaciones a los campesinos que tan buena labor realizan y se deje campeando por pueblos y ciudades miles y miles de hombres que no hacen nada; y si hacen, es una labor secundaria. Los resultados ya los estamos tocando; los baldíos y barbecheras lo están diciendo. El descenso en la producción es el mejor barómetro; a la hora de comer, hombres y animales tocamos las consecuencias.

Y si después se quiere dar un paliativo dando hombres para la recolección, licénciese a los campesinos que sean menester en los meses que más necesarios son en el campo, y daremos una solución práctica.

Pero hay más, mucho más que podemos exigir al Gobierno, y es que si no nos atiende en aquello que pedimos, porque no puede, sí cabe exigirle que cumpla con lo que tiene ordenado. Nos referimos al decreto del 7 de octubre. ¿Cuándo se redistribuye la tierra? ¿Se puede acumular la tierra al estilo de los grandes terratenientes, para después no trabajarla? Es esto lo que hace en algunos casos la U. G. T., mientras nuestros compañeros se ven desposeídos de una cosa que legalmente les pertenece.

¿Cuándo se cumple dicho decreto?

Es esto lo que pedimos y exigimos, si se quiere que seamos los más fervientes defensores de nuestra Causa.

Lo han dicho bien claro los campesinos en el Pleno.

Por la Federación Regional de Campesinos,
EL SECRETARIO

DE LOS FRENTE

(Extracto de partes oficiales de Guerra)

CUANDO ESCRIBIMOS ESTA NOTA ESTA DETENIDA EN EL EBRO LA OFENSIVA ENEMIGA. LOS INVASORES, CANSADOS SIN DUDA DE INFRUCTUOSOS ESFUERZOS, Y DESPUES DE SUFRIR CUANTIOSAS BAJAS, SE DEDICAN A REPONER SUS UNIDADES PARA SEGUIR ESTRELLANDOSE EN EL VANO EMPENO DE UNA VICTORIA QUE SEGURAMENTE NO HAN DE LOGRAR. PUEDE DECIRSE QUE EN TODOS LOS FRENTE, SALVO CONTADAS ESCARAMUZAS SIN IMPORTANCIA, NOS ENCONTRAMOS EN UN PERIODO DE CALMA, QUE TAL VEZ DE UN MOMENTO A OTRO SE QUIEBRE Y PROPORCIONE AL BRAVO EJERCITO POPULAR JORNADAS DE GLORIA.

Verdugones

Los "equivocados" continúan acertando

El capitalismo, como sistema de convivencia social, ha fracasado. Esto lo ven los más romos de inteligencia. Ha ensayado todas las posturas inútilmente, ni con Monarquía absoluta o constitucional, ni con República conservadora, liberal, roja, negra o violeta puede sostenerse. Tiene que recurrir a la esclavitud de la Edad Antigua. Eso es el sistema fascista: el esclavismo. Bien que el fascismo no ha sido parido por la inteligencia chata del capitalismo, sino por los sociólogos estomaguistas, redentores a plazo fijo del proletariado. Pero esto es cuestión aparte ahora. El capitalismo lo ha aceptado como acepta un naufrago una tabla. Y como el naufrago se desprende de todo el lastre que le impide flotar, el capitalismo aparta y destroza toda libertad, todo derecho o norma de justicia que le embarace.

Esto lo han dicho en España, con una claridad insuperable, los hombres de la C. N. T. desde el 18 de julio; desde que todos los países, con rara excepción, todos los Estados, mejor dicho, comenzaron a perpetrar esa bárbara matanza contra el pueblo español. Unos, con su brazo armado; otros, atenuando el nuestro.

Los cobardes entronizados por la imbecilidad popular; los indigentes de espíritu que añoran la paz de pira en la antena del matadero; los cómplices o competidores del fascismo, disfrazados de sociólogos científicos, de «realistas», han pretendido ganar el favor de esas sedicentes democracias cómplices de los carniceros totalitarios, estrangulando las conquistas revolucionarias de julio. Tan burriciegos eran o fingían ser, que no veían o fingían no ver que el capitalismo aborrece toda República, por conservadora que sea, porque con ella se hunde irremediamente.

Es el fascismo lo único que le hará flotar un poco de tiempo más, y por ello lo busca impudicamente. Decirle que amparara a la República española era como decirle a un naufrago que amparara un cofre fuerte cuando quiere ganar la costa a nado.

El alevoso asesinato de Checoslovaquia viene a confirmar nuestras apreciaciones. Checoslovaquia era una República más o menos conservadora, construida por las otras «democracias» vencedoras en la matanza del 14-18. Allí no se discutía ningún «ismo» de los que se han discutido siempre en España con epílogos «contundentes». Allí se discutía el derecho de tal o cual antigua nacionalidad a expresarse en tal o cual caso en su idioma, o a desempeñar tal o cual enchufe político. La República de Checoslovaquia tenía tratados de mutua defensa con las otras Repúblicas democráticas y socialistas. Allí no se había hecho ningún ensayo socialista, ni mucho menos, como aquí en España. En Checoslovaquia no había «rojos» ni rojizos. Y, sin embargo, el capitalismo, por mano de esas democracias y esa «comisario-cracia», se la ha servido descuartizada al carnicero de Berlín. Con distinto rótulo, carniceros eran los cuatro reunidos en Munich. Y habrían sido cinco si hubieran hecho otra digna invitación. Pero, claro... La competencia entre los dos totalitarismos.

Ahora preguntamos nosotros: Si los carniceros de Munich sacrifican así a una República conservadora, ¿cómo podía esperarse su ayuda a la República española, aunque se proclamara aquí que España era una República de vagos de distintas clases? (1).

TABARRO

(1) Vagos unos porque no querían trabajar y otros porque no encontraban trabajo.

La voz de los pueblos

DEL AMBIENTE PUEBLERINO

Se trabaja de firme en los pueblos. Hay que reconocerlo así. Nuestros campesinos saben la importancia que tiene la siembra y a ella se dedican con afán. En nuestras correrías por tierras castellanas hemos podido ver con cuánto entusiasmo se labora. Este espectáculo confortador renueva nuestra fe en la victoria y abre insospechados cauces a las esperanzas de un porvenir lleno de venturas. Trabajando como se trabaja en la España leal, atendiendo la ciudad y el campo a la obra constructiva en que todos estamos empeñados, no cabe duda que la redención de los trabajadores será un hecho. Y en esa redención, vosotros, campesinos, habéis tomado la mayor parte. Es hora de reconocerlo sin eufemismos y falsas modestias. El sudor de los obreros del surco es la savia que nos alienta a todos. Llegaremos. Hay ambiente.

Pero necesitamos colaboraciones leales. Este azaroso vivir de quienes ponemos toda el alma en nuestra misión requiere, exige que todos los hombres de buena voluntad nos ayuden sin reservas. Es preciso meter en cintura al parasitismo; es preciso combatir al vago y al indeseable, y es preciso también

que el Gobierno, dándose cuenta de las necesidades del campo y de los merecimientos de los labradores, no regatee la ayuda que necesitamos. Está candente aun el problema de las movilizaciones. La falta de brazos es cada día mayor. No discutiremos si las medidas tomadas para reclutar hombres son indispensables a las necesidades de la guerra. Algunas veces nos parecen exageradas, pues, como se ha dicho estos días, hay en los frentes setecientos mil hombres. Y preguntamos: siendo la siembra y otras tareas del surco tan necesarias para la vida de los combatientes y de la población civil, ¿por qué no se dictan disposiciones que, con carácter transitorio, releven al campesino de sus obligaciones militares para destinarlo a funciones para las cuales es indispensable? No lo comprendemos. Para combatir y para trabajar es preciso comer, y para comer es necesario que alguien se ocupe de los productos básicos de nuestra alimentación.

Menos mal que la férrea voluntad de los hombres que nos quedan, secundados por las mujeres, los viejos y los niños, suplen en la medida posible esa falta de brazos tan notoria.

Comarcal de Tarancón (Horcajo)

Sigue la vida a los veinticinco meses de guerra. Los pueblos, a pesar de que nos pese, continúan con muy poca ventaja sobre la República del «católico Botas».

Decía el pueblo entonces: «Son los mismos perros con diferentes collares». Y nosotros decimos ahora: «En algunos pueblos son todos lobos de la misma camada». Pero he aquí lo que nos extraña sobremanera: que en pueblos como Horcajo, con 3.800 habitantes, una potencialidad de afiliados a las Organizaciones, como, por ejemplo, la U. G. T., que cuenta con 800 afiliados, y 240 Izquierda Republicana, la C. N. T. sólo cuenta con 48...

Pero vamos al caso que nos incumbe. Ya tenemos el Consejo Municipal constituido, y como si no; se reúnen cuatro consejeros de catadura algo dudosa, y éstos, a espaldas de los demás, toman los acuerdos que les interesa; y esto entendemos nosotros que es una marcha derrolista en estos momentos. Se sigue amparando a los «señoritos» de antaño y se da el caso vergonzoso de haber quedado más de 25 fanegas de trigo por segar; no nos extraña que tampoco se ha llegado a constituir el «Comité Agrícola Local». ¿Es que no le interesa al señor alcalde? ¿Será al señor secretario? ¡Ah!... No, no. Es a los «señoritos» a los que no les interesa que se constituya, porque como ellos tienen intereses creados, por eso se han encargado de elegir buen alcalde y buenos concejales.

No cabe duda que en Horcajo existe algo de cacicato a la vieja usanza, y

siguen imitando en parte a los políticos viejos y corroidos, que no hacían más que vivir a costa del trabajador; hay que destruir esa forma de actuar, que para algo vencimos el 18 de julio.

Aun recordamos, o, mejor dicho, recordarán cuando, antes de las elecciones del 16 de febrero, iba el señor secretario, casa por casa y a destiempo de la noche, repartiendo «candidaturas» de «Fanjul», aquel general que murió por traidor y que intentó, en compañía de «Fránquito», vender el suelo español a la canalla invasora. Y el alcalde, ¿no se ha dado cuenta, o es que no quiere recibir consejos de sus compañeros? No tiene ningún control por el Ayuntamiento, y hay necesidad de controlarlo, por varias razones. ¿Nos quieren decir por qué causa no recogen el sobrealimento que ha dado el Gobierno para el que trabajaba en el campo? ¿Qué se intentaba? Nos hace sospechar mal.

Recomendamos a las autoridades que cuando pasen por los pueblos no se guíen de las apariencias. Cambien impresiones con los concejales de verdade-

Charlas

campesinas

El retorno a los pueblos de los delegados de las Provinciales y Comarcales que asistieron al Pleno, ha constituido un acontecimiento. Sabemos de algunos lugares donde fueron recibidos con verdadera expectación. Todos ansiaban saber los acuerdos tomados y el rumbo que los problemas del campo iban a seguir en la Región Centro.

—Cuéntame, cuéntame! —decía un campesino de edad madura al compañero designado por la Comarcal—. ¿Qué tal estuvo aquello?

—Magnífico, chico. Supongo que esta semana habrás leído CAMPO LIBRE de cabo a rabo, porque traía una información muy completa.

—¡Ya lo creo! Me lo he «tragao» todo.

—¿Y qué te ha parecido?

—Muy bien. Pero había tanta lectura que ya me dolían los ojos; así, que algún ratillo me entretenía viendo esos dibujos tan airosos que vienen en la página central. Yo conozco algunos de los compañeros «retratados» y parece que están hablando. ¡Lo que se asemejan!

—Pues, mira, los hizo el dibujante en cinco minutos.

—¿Todos?

—No, hombre; en cinco minutos cada retrato.

—Lo que sabe ese «tío».

—Y lo que come.

Campesino:

● No olvides
● que la
● Federación
● te protege.

ro izquierdismo y se interesen de muchos casos como este de Horcajo.

No se puede estar a merced de un monterilla al viejo estilo; los hombres que hoy ocupan los puestos han de tener responsabilidad; están elegidos por el pueblo y para el pueblo han de trabajar. Tienen que perseguir al vago, al explotador que intente especular con la sangre y el sudor de los trabajadores; y si los encargados de hacer esta labor no quieren llevarla a cabo, que lo digan, que el pueblo les dará su merecido.

FELIX GIL CUESTA

—¿Mucho?

—Parece que se le ha roto una tripa. A mi lado estuvo en la mesa, y te aseguro que come más de prisa que dibuja...

—En serio: ¿qué impresión traes de Madrid? Porque lo que dice la Prensa está muy bien; pero yo no me conformo con eso. Quiero saber lo que opinas tú, sencilla y llanamente.

—Te hablaré con franqueza. Si todos los acuerdos del Pleno se llevan a efecto; si lo que allí se expuso y se discutió sirve de norma en esta Castilla tan rutinaria, tan apegada a los errores tradicionales, haremos una obra soberbia.

—La haremos. Porque no olvides que la tradición y la rutina —yo soy viejo y puedo decirlo— van desapareciendo de esta meseta y de todas partes. El trabajador está muy «desengañao» del pasado. Hemos sufrido horrores y hemos venido arrastrando mucho vilipendio para no reparar ahora en las facilidades que la revolución nos ofrece. La mitad de los que pensaban bajo la influencia servil del cacique, del usurero o del político de la ciudad, ya no sienten lo mismo y el primer paso está dado. Si los compañeros que llevan la marcha de los Sindicatos y las Colectividades siguen por el camino emprendido, dando al campesino la sensación de justicia y de fraternidad, muy pronto vendrán a nuestro terreno nuevos adeptos y verás cómo todos esos pequeños propietarios que andan por ahí sueltos, unos por incomprensión y otros por egoísmo, llegarán a las Colectividades para completar esta labor que venimos forjando a costa de sacrificios.

—Yo así lo espero. Han sido tantas las cosas sensatas que he oído durante las sesiones del Pleno Regional, que no me cabe duda llegaremos muy lejos; porque, salvo contadas excepciones, todas las provincias y todas las comarcas tienen ya una preparación especial que les permite incorporarse sin reservas a esta economía socializada y proletaria que ha de ser la base de la redención del campesinado. Por eso te digo con sinceridad que lo que causó más impresión en mi ánimo fue la certeza con que se ha esbozado en los informes de planificación de la industria la manera de resolver todos los problemas relacionados con la Agricultura y la Ganadería.

—Falta hace que así sea. Por muy buena voluntad que tengamos para iniciar una labor fructífera en cada Colectividad, las iniciativas sueltas y sin la debida coordinación no producen nunca los mismos efectos, y estamos en momentos en que se necesita la aportación de todos y el sometimiento a un plan general de trabajo.

—Pues todo eso es un hecho, como lo es también la buena voluntad de los campesinos para secundar las indicaciones que parten de la Federación, única manera de completar nuestra obra. ¡Adelante!

Por la transcripción
YO

Campesinos:

La unión campesina
es un hecho que facilita
la colectivización

Ayuntamiento de Madrid

Lo que dice la Prensa diaria confederal

Un tema de actualidad

El trabajo y el crédito

(Con motivo de las recientes Conferencias de los camaradas Indalecio Prieto y Ramón Lamóneda, en las cuales se ocuparon de cuestiones económicas, ha publicado nuestro compañero Basora en el diario «C.N.T.» unos documentados artículos, cuyos dos primeros reproducimos en esta página.

En sucesivos números seguiremos la reproducción de los que faltan.)

La conferencia del ex ministro Indalecio Prieto sobre cuestiones económicas se presta al comentario. Abundando en objeciones publicadas en estas columnas—el tema lo merece—, vamos a señalar algunos extremos dispares entre los métodos que expuso el conferenciante y los que surgen del momento histórico en que vivimos. Hemos seguido pasó a paso durante los últimos años las evoluciones de la vida económica de Europa y América, y el estudio constante y desapasionado de esas evoluciones nos autoriza a fijar algunas ideas sobre el problema de que se trata.

Alarmadas las democracias por las normas económicas que el capitalismo totalitario venía implantando en todas partes, se produjo aquella famosa entrevista de Van Zeeland con Roosevelt el pasado año, entrevista que algunos creyeron la primera de una serie entre economistas de ambos Continentes para recabar colaboraciones internacionales frente a la política absorbente de las dictaduras. Difícil era la tarea de los reunidos; tan difícil, que no lograron conclusiones prácticas. Desde 1926 a 1929, la atención del mundo estaba pendiente de la prosperidad americana. Como en todos los «booms» originados por la expansión del crédito, se creyó que la prosperidad perduraría, y se hizo caso omiso de las advertencias de los productores. A éstos no les sorprendía el cambio de situación en 1929. En medio de la caída general de los precios, y para rectificar el error de aumento de jornada y reducción de salarios, panacea implantada para sostener las ambiciones y egoísmos de las grandes Empresas, se hizo, en América especialmente, un esfuerzo enorme para estabilizar los ingresos de la clase trabajadora. Se apuntaló el andamiaje de las industrias que se venían abajo por la crisis, y para ofrecer un estímulo artificial a la vida económica, se puso en marcha una legión de proyectos de obras públicas. Se ignoró esta realidad: que la estabilización de los salarios, sin tratar de abaratar el nivel de vida, lleva consigo el aumento del paro y la desproporción entre precios y costos y producción y venta. Ni la concesión de subsidios a los «sin trabajo», ni la prohibición a los Bancos de elevar el tipo de interés, remedió la situación. Para tratar de volver al período de prosperidad, el presidente Roosevelt redujo el contenido oro del dólar. Inglaterra lo había hecho antes con la libra esterlina. Y en la Europa Central, el primer país que consiguió la misma táctica fué Checos-

lovaquia. Nada se consiguió. Este proceso ha demostrado que si la economía dirigida ha fracasado de una manera rotunda, la economía «controlada» tampoco sirve para evitar el colapso. Forzosamente hay que derivar a una economía organizada de producción, que es la que en España estamos creando.

Todos los intentos de reformas realizadas partiendo del campo monetario y del crédito no conducirán más que a situaciones ficticias. Si examinamos el proceso de las crisis económicas, todas ellas han sido consecuencia de intentos del capitalismo para estimular la economía por medio del crédito. A este punto de vista se le llama algunas veces ortodoxo, porque se relaciona con las doctrinas de los economistas clásicos y contrasta con el punto de vista de los mercantilistas de los siglos XVI y XVII. Pero la realidad de la situación española señala tajante el camino a seguir: todo nuestro sistema de defensa económica gira en torno al productor, y el productor tiene sus organismos profesionales que, íntimamente enlazados, forjan los medios prácticos para hacer frente a las contingencias de la lucha y a la formación de posibilidades futuras, pues, en rigor, terminada la guerra, entraremos en un período de febril actividad para atender a la reconstrucción de España. ¿Vamos a echar mano de las viejas normas, después de las experiencias recogidas? Sería pueril soñar en órganos crediticios y en recursos desechados por la práctica. El crédito exterior se consigue como lo ha hecho la C. N. T. con sus envíos de productos agrícolas al Extranjero, seleccionando el fruto, presentándolo debidamente y creando entre los receptores un ambiente de capacidad y de moralidad que hoy nos coloca a una altura envidiable. En los países donde se han recibido aquellos productos, contamos ya con un mercado amplio y con un crédito verdadero, que no obedece a garantías prendarias ni a estímulos caducos, sino a la actuación recta y entusiasta de los productores. A media que se nos conozca aumentará la confianza que merecemos. Todo ha de ser obra del trabajo, de esa economía organizada en que se fundamenta nuestro porvenir.

Leed

vuestros
diarios

«CNT» y

«Castilla Libre»

Presente y futuro de España

La economía organizada se vigoriza con los medios propios

Un sistema económico no puede ser jamás una teoría, sino un conjunto de realidades que debemos encauzar ciertamente. Las complicaciones surgidas en esta materia a través de los siglos no dimanaban de los postulados económicos, fundamentalmente sencillos e invariables, sino de la suma de ambiciones creadas alrededor de ellos. Y esta verdad obligó a muchos economistas a lanzar métodos y procedimientos que, escapando del medio popular, cerrando los ojos al productor, sirvieron de tinglado a la clase parasitaria y opresora. Nosotros creemos, con Cassel, que si el objeto de la economía es la satisfacción de las necesidades humanas, hay que definirla «como una actividad que tiende a facilitar semejante satisfacción». En el momento que se pida a la economía necesidades y «prodigalidades» se presenta este dilema: o aceptamos el colapso económico o las prodigalidades de unos van a costa de las necesidades de otros; es decir, se produce la absurda e inmoral clasificación de la Humanidad en dos bandos opuestos, punto de arranque de todas las luchas que nos consumen. Así puede darse el contraste de que mientras Arthur Bowley, economista inglés de sólido prestigio, afirma que la ciencia de la economía se halla ya en posesión de elementos suficientes para pre-sagiar las crisis económicas y evitar en gran parte sus efectos, otro autor—el profesor Gini—dice que todos los remedios arbitrados para solucionar la crisis han resultado estériles, y no queda otro recurso que esperar a que las energías naturales del organismo económico vengán a restablecer por sí mismas, espontáneamente, el equilibrio. ¿Cabe mayor contradicción? Y, en el fondo, es aparente. Porque la ciencia de la economía cuenta con medios para salvar una crisis de origen «natural». Lo que no puede hacer es dar fórmulas para que la holganza y el despilfarro, factores negativos, graviten sobre las posibilidades colectivas.

Una de las grandes paradojas del sistema capitalista, señalada por Wagemann, estriba en que, si bien el progreso de la técnica nos depara nuevos y más fáciles caminos para la obtención de productos, veinte millones de seres humanos sufren las angustias del paro y de la escasez. La miseria motivada por la abundancia. ¿Qué contrasentido! Por eso encontramos justo el razonamiento de Gini, cuando asegura que las energías naturales del organismo económico pueden bastarse a sí mismas. ¿Dónde están esas energías? En las fuentes de riqueza nacional, en los productores, en el ensamblaje de todos los elementos de trabajo, en la supresión del parásito, del intermediario, del especulador, del vago, del inconsciente, del indeseable, en fin, en el productor mismo.

mentando la conferencia de Prieto, que hay que prescindir de métodos caducos y de procedimientos negativos y condenados por la experiencia. Pedir ayudas equivale a crear obligaciones, a fomentar la codicia de los donantes por el estímulo del tanto por ciento de interés, porque no vamos a pensar en esta hora de materialismos que surjan altruistas por todas partes. Comprendemos las asistencias de carácter espiritual o ideológico y son estimables en todo su valor; las económicas requieren sacrificio, orden, compensaciones. Concretando nuestro pensamiento al caso español, a nuestro presente y a nuestro porvenir, cabe preguntar: ¿es momento de aumentar las cargas? ¿No son muchas las que en dos años nos ha impuesto la guerra? La reconstrucción de España nos exigirá enormes esfuerzos; los trabajadores nos veremos obligados a una lucha titánica, sin precedentes, para reorganizar el edificio económico que hoy se desmorona. Las deudas a corto o a largo plazo son siempre funestas. Obtener crédito mediante garantías sólidas que pesen sobre nuestra riqueza es peligroso y antieconómico. Peligroso, porque, aunque el acreedor resida lejos, siempre puede ejercitar sus derechos y reclamar lo suyo. El crédito no se fomenta incumpliendo las obligaciones contraídas, sino atendiéndolas puntualmente. Y esa atención estricta implica un nuevo esfuerzo que ha de salir del trabajo, de la producción, del sudor de los productores, paganos conscientes y abnegados de todas las veleidades.

Hay que seguir otros derroteros. Es preciso hacer un recuento verdad de nuestras posibilidades industriales y agrícolas, especialmente de estas últimas, que constituyen, en manos de las Colectividades campesinas, un volumen de riqueza formidable, creador de divisas, que tanta falta hacen para atenciones del exterior. Hay que procurar a toda costa que no se malogren nuestros productos, que un empacho formal no ponga trabas al desenvolvimiento de nuestra producción. Hay que dictar disposiciones coordinadoras entre los organismos profesionales y los estatales. Hay que trabajar jornadas intensivas, regulando el esfuerzo, pero sin apartarnos del ritmo acelerado que las circunstancias demandan. Hay que dar facilidades a las Organizaciones sindicales para que incrementen la exportación del sobrante de nuestros frutos, de aquellos que ya tienen mercados y crédito cimentado. Hay que aprovechar, en suma, todos los resortes propios para superar esa economía organizada, que, si en el presente puede sernos de gran utilidad, para el futuro supone un caudal de energías naturales que, como afirma Gini, son la mejor esperanza para restablecer el equilibrio económico de los pueblos.

◀ Página infantil de "¡Campo Libre!" ▶

NUESTROS COLABORADORES

La valentía de un muchacho

Al principio de la guerra de España, un muchacho, de edad de quince a diez y seis años, se presentó en una de nuestras Brigadas.

Este era muy valiente y poco se encontraban como él. No sólo de valiente, sino de buen carácter. El muchacho, por cierto, se llamaba Enrique.

Al entrar le dijeron que hablara con el capitán. El entró y le expuso su caso, que era el de entrar en la Brigada. El capitán le pidió la edad, el carnet y la ficha, y al cabo de bastante rato que lo anduvo mirando, le dijo que era imposible que él pudiese ingresar por no tener la edad suficiente para ello. El muchacho, desesperado, le respondió así:

—Aquí no hay que mirar la edad, sino la valentía de cada uno de nosotros. Los viejos no pueden ir al frente porque no tienen fuerzas para empuñar el fusil, o, en un momento dado, escapar, pues, si no lo hacen, los cogen prisioneros. ¿Có-



mo va a aguantar un viejo eso? ¿Qué sería de la guerra si los muchachos jóvenes no fuéramos al frente? Hay que dar ánimos a los hombres que les causa miedo la guerra. ¿Cómo estaríamos ahora si en las Brigadas no hubiera gente joven para dar ánimos a los demás?

Al capitán estas palabras le demostraron los buenos sentimientos del chico, y observándole valiente, comprendió que le daría un disgusto si no le daba el aval. Entonces le dijo:

—Puedes venir.

Con alegría el muchacho se fué a su casa, lo comunicó a la familia y preparó las cosas bien, o sea lo que debía llevar al frente, y, también para despedirse, les llevó a ver la película titulada «Tres lanceros bengalíes». Esa película era de guerra, y de tal modo se emocionó el muchacho, que ya tenía puesta la idea en los hombres que cayeron luchando.

Yo recuerdo que en los primeros momentos, cuando estaba en todo su apogeo, las fábricas de gasas, algodones, etcétera, no daban abasto a surtir a los hospitales, porque había muchos heridos. ¿Pero por qué había muchos heridos? Porque no tenían aún bastante práctica en la guerra.

Al mes, o cosa así, llamaron al muchacho para ir al frente, y, sin perder tiempo, se presentó a filas; por su valentía le ascendieron a sargento. Dió ánimos a todos sus compañeros para el ataque que esperaban recibir. El ataque se inició y su ametralladora empezó a funcionar; pero se encasquilló y ya no pudieron hacer nada.

El muchacho se dispuso a salvar al batallón y cogió una bomba de mano y se levantó para tirarla; pero una bala, en ese mismo momento, le hirió de muerte, y en el último instante de su vida dijo:

—Muerdo luchando por que los jóvenes de hoy gocen de un porvenir mejor que el que gozaron nuestros padres.

VICTOR CRIADO

¿Qué haría yo para ser sabio?

Le contestaré contándole una parábola indú... Había una vez en la India un anciano sacerdote, venerado por todos por ser un sabio; le seguían multitud de discípulos y admiradores de su profundísimo saber. Uno de ellos, el más impaciente, le importunaba de continuo para decirle:

—Maestro, ¿qué haría yo para ser sabio como vos?

El venerable anciano sonreía una y otra vez, y nunca le contestaba. Pero, al cabo, tanta y tal fué la tenacidad de preguntar, que el maestro, siempre sonriendo, le dijo:

—Ven conmigo, hijo mío...

Y le llevó de la mano a orillas del Ganges; se metió con él en el agua, y cuando les llegaba al nivel al pecho, cogió con fuerza al adolescente preguntón y le introdujo hasta el fondo, donde le mantuvo a pesar de sus forcejeos, hasta que le permitió salir medio asfixiado ya... El cuitado miró entre iracundo y extrañado al sabio, y éste le dijo:

—Hijo mío. ¿Qué anhelas más que nada cuando te debatías bajo las aguas?

—Quería aire, quería respirar; me ahogaba—dijo el discípulo.

—Y no hubieras preferido mejor entonces dinero, joyas, honores, placeres, alguna otra cosa?

—No; todo lo hubiera dado por respirar; sólo quería aire.

—Pues bien—le dijo el anciano—; cuando quieras con la misma intensidad, con la misma absoluta integridad de tu deseo el saber, y tengas la debida preferencia, estarás en camino de conseguirlo.

PROCOPIO MAYORGA
(de trece años de edad).



Pasó la recolección

Desde el principio de la recogida de la cosecha se ha visto que todos los trabajadores campesinos demostraron una energía capaz de vencer todas las dificultades habidas para resolver el problema de la recolección. Todos los trabajadores de la tierra, hombres, mujeres y niños, se han movilizizado, y todos unidos han ido con alegría y con gozo a recoger las espigas que el trabajador regó con su sudor. Ni una espiga se ha quedado en pie; a pesar de la falta de brazos, se ha hecho un esfuerzo supremo por que ni una espiga se quedara sin segar; nos hemos hecho la cuenta de que un grano de trigo sin recoger sería un día de hambre para el miliciano o para el obrero de retaguardia que, defendiendo el terreno palmo a palmo, el uno, y trabajando sin cesar, el otro, están defendiendo la República, la Patria y la Revolución.

Todavía en algunas provincias del territorio leal no se han terminado las tareas; pero se han organizado las filas con Brigadas de milicianos que han trocado el fusil por la hoz, y que, viendo la falta de brazos, se lanzaron a ganar la gran batalla de la recolección. Lo mismo que vencerán al invasor extranjero que ha osado poner la planta en nuestro país.

ANTONIO BACHILLER

Cañaveras.

La siembra

El que siembra recoge —dice un refrán—. Y es cierto. Pero hay que cuidar la semilla para que el fruto sea bueno. Ahora absorbe la atención del campo las próximas tareas de la sementera. No hay barbecho abundante; pero hay buena voluntad. No hay sobra de brazos; pero los que hay harán un supremo esfuerzo. De ese esfuerzo depende el pan de mañana, que es el pan de nuestro Ejército popular, el pan de la abnegada población civil, que también trabaja por la victoria. Por eso es preciso seleccionar el grano, criarlo bien, que esté en condiciones adecuadas para que obtengamos, más tarde, una cosecha abundante y buena.

De igual modo conviene cuidar las ideas que hoy sembramos, porque representan el pan espiritual del futuro. Pasados los primeros momentos de la sublevación, cuando la indignación del pueblo y su legítima inquietud encontró el cauce por donde discurrir sin exaltación



en silencio la ferocidad del enemigo. Las plazas están desiertas. Grupos de hombres comentan al atardecer los incidentes de nuestro momento o los problemas de carácter local que absorbe su atención. La chiquillería no aparece tan reidora y jovial como en tiempo de paz. Pero no desaniméis, pequeños campesinos. Esta transitoria situación cambiará pronto. La hora del triunfo se aproxima. Otra vez volverán aquellos días felices de paz y de bullicio. Pero volverán más puros, más diáfanos, sin recelos que enturbien vuestros juegos y vuestros rezoos. Tendréis cerca a vuestros ausentes y se habrá establecido en España una verdadera armonía social, precursora de toda clase de satisfacciones.

La plaza del pueblo volverá a ser lo que fué.

La plaza del pueblo

Nada tan simpático como esas plazoletas pueblerinas bañadas de luz y de recuerdos. En ellas, los hombres de hoy, correteaban y jugaban alborzados, con esa infantil alegría que tanto echamos de menos quienes, por ley in-



declinable, hemos mediado ya el curso de la vida. Alguno de nuestros lectores «veteranos» dirán al leerlos que tenemos razón. En cambio, nuestros pequeños lectores, que no pueden aquilatar lo que vale un pasado que para ellos es presente, pensarán con placer en el día venturoso en que termine la guerra, con la victoria de nuestras armas, para dedicarse otra vez al asunto que hoy echan de menos.

La plaza del pueblo ha perdido hoy el encanto que la caracterizaba. Pueblos hay donde la criminal aviación extranjera pone constantemente una nota de destrucción y de dolor. Los buitres del aire visitan con frecuencia esos lugares tranquilos que hoy sufren



en silencio la ferocidad del enemigo. Las plazas están desiertas. Grupos de hombres comentan al atardecer los incidentes de nuestro momento o los problemas de carácter local que absorbe su atención. La chiquillería no aparece tan reidora y jovial como en tiempo de paz. Pero no desaniméis, pequeños campesinos. Esta transitoria situación cambiará pronto. La hora del triunfo se aproxima. Otra vez volverán aquellos días felices de paz y de bullicio. Pero volverán más puros, más diáfanos, sin recelos que enturbien vuestros juegos y vuestros rezoos. Tendréis cerca a vuestros ausentes y se habrá establecido en España una verdadera armonía social, precursora de toda clase de satisfacciones.

La plaza del pueblo volverá a ser lo que fué.

Primero, los heridos

Algún día se reconocerá lo que los campesinos han hecho por la victoria. Sin contar esa legión de trabajadores del surco que defienden a España con las armas a los que hay que rendir tributo sincero de admiración y gratitud, tenemos hombres en todos los pueblos de la zona leal que laboran sin descanso para que nada falte a nuestros combatientes. Ellos dedican sus afanes a la recolección; a la siembra, al cuidado de nuestra maltrecha ganadería y a los mil servicios relacionados con los frentes de lucha. Con esos hombres están sus compañeras, las de los soldados campesinos y los muchachos que tanto han hecho para unir su esfuerzo al de sus mayores.

Los heridos piden atenciones y cuidados especiales, así como alimentos adecuados para su curación. Por eso el vecindario de las poblaciones civiles se priva de productos indispensables para entregarlos a quienes más los necesitan. Grandes cantidades de leche se recoge en granjas y pueblos para los hospitales de sangre. Por todas partes vemos el afán de aprovechar este precioso líquido que tanto beneficio repor-



ta a los heridos. El objetivo del fotógrafo ha sorprendido a este campesino en la función más estimada del estable. Quién sabe si el producto que tan solícitamente obtiene de ese hermoso ejemplar servirá para salvar la vida de un herido de guerra. Fijad vuestra atención en ellos, jovencitos del campo. Muchos de vosotros tenéis lejos del hogar a vuestro hermano o a vuestro padre. Si la suerte es adversa para ellos y han de ser recluidos en un establecimiento de salud, tal vez piensen que vosotros veláis por ellos y al llevarse a los labios el vaso caliente que ha de confortarles, os dedicarán un recuerdo cariñoso.

Todo es poco para los heridos de guerra.

La vida muelle

No somos partidarios de azuzar a las multitudes con el recuerdo de injusticias pasadas. Menos aún fomentar el odio de la infancia proletaria mediante la machacona repetición de vicios y errores sociales de los que todos fui-



mos culpables; unos por cobardía, otros por negligencia o falta de compañerismo. La guerra civil española, esta guerra que a la vez es guerra de invasión y de independencia, una vez liquidada con la victoria del antifascismo, pone una valla entre el pasado y el porvenir. Hay que limpiar las conciencias del sentimiento, muchas veces legítimo, del rencor, para unirnos todos los trabajadores en una aspiración noble y común: la de reconstruir a España. Tenedlo muy presente, muchachos de hoy. Fraternidad y paz ha de ser vuestro lema.

Esto no implica desconocer la verdad de nuestra causa para desterrar la vida muelle de los poderosos de antaño y exigir a todo hombre consciente el cumplimiento de sus deberes ciudadanos. Aquellas comilonas, aquellos festines con que la burguesía irritaba a los pobres parias; todo el boato inútil y negativo de una sociedad caduca y carcomida, debe desaparecer. En nues-



tros medios no puede existir más que lealtad y trabajo. El obrero de la ciudad, como el del campo, estrechamente unidos con el trabajador intelectual, nuestro hermano de clase, formarán una gran familia sedienta de gozar la reivindicación alcanzada a fuerza de sacrificios y de sangre.

Pensad en la paz, pequeños campesinos, porque sois vosotros los encargados de forjar el porvenir que nos redima.

EJEMPLO A IMITAR

Había un niño en Madrid que le quería todo el mundo por su nobleza y bondad; pero donde más le apreciaban era en el Ateneo Libertario de la Elipa, al que asistía asiduamente con sus padres. Allí aprendió a querer a sus semejantes como a hermanos y a detestar las guerras, que terminó por aborrecer, así como las armas. Censuraba a sus amiguitos el mal gusto que tenían al incluir en sus juguetes soldaditos, sables o escopelas, pues él les decía que eran más prácticos, más humanos y bonitos los juguetes que les enseñaban a discurrir y trabajar; por eso él tenía predilección por los «meccanos», herramientas y cochecitos. Jugando se deslizaba su vida, cuando un día le sorprendió ver a todo el mundo armado, patrullando por las calles y en «autos»; iban y venían, formando una barandia infernal. Por la noche empezó un intenso tiroteo, y preguntó a su padre por qué era aquello, y éste le dijo que los fascistas se habían lanzado a la calle para hacer la guerra a los obreros (que no la querían, pero que tenían que defenderse de los forajidos para salvar su vida).

Así discurriendo, llegaron a su casa en pleno tiroteo, y no habían hecho más que llegar al comedor, cuando una bala atravesó los tabiques de la habitación, cayendo a los pies del niño y sintiendo ese horror a la maldad de los hombres. Desde aquel día Tonín, que así se llamaba, aborreció más y más las armas y las guerras, y, en cambio, aumentó su amor por los hombres y los animales, a los que trataba con más delicadeza que nunca; pero un mal día de noviembre empezaron a oírse cañonazos en Madrid, y su horror no tuvo límites cuando vio que muchos aviones, que siempre sus ojos contemplaron con deleite, por lo que de progresivo tenían, empezaron a descargar bombas, dejando muchas casas deshechas y las calles sembradas de muertos; fué muy difícil a sus padres y maestros consolarle; tal era su pena por la muerte de tantos hermanos.

Entonces comprendió la crueldad de los fascistas y de los que fomentan las guerras, que no reparan en sacrificar vidas de inocentes criaturas, que no han cometido más delito que nacer en una sociedad de lobos. Con esta cruel experiencia de los hombres y las guerras, terminó por convertirse en un pacifista convencido, y una noche horrorosa, que Madrid parecía un volcán por los salvajes bombardeos, decidió evacuar de la ciudad, con sus hermanos de infancia, para Levante. Triste calvario el de esa noche; cuántas emociones y cuántas lágrimas para dejar a sus padres tranquilos, pues parece increíble que un niño de cuatro años les dijera «que él no lloraba, porque iba a salir del infierno de Madrid». Tonín, el más pequeño de todos, con estoicismo sin igual, parte con sus compañeros y con su querido maestro, Miguel Jiménez Igualada, a recibir la solidaridad que unos hermanos buenos, los compañeros de Petrel, les ofrecían.

Poco tiempo tarda nuestro amiguito en granjearse la simpatía de todo el pueblo; tal son su bondad y cariño. Su vida en el pueblecito alicantino se desliza tranquila y apacible; él no quiere oír nada de la guerra; sabe demasiado de ella y no quiere que sus amiguitos valencianos sientan los horrores que él ha sufrido. No ve a sus padres, pero se resigna alegremente, pues sabe de verdad que allí en Petrel tiene otros padres, y

comprende con naturalidad que él es un miembro de la gran familia que compone la Humanidad y que sus padres son aquellos que le quieren y amparan como se merece; por eso se hace acreedor en aquella casa a un verdadero amor filial.

Llevaba diez meses tranquilo en el hermoso pueblo alicantino, cuando un buen día acertó a pasar por allí su padre, que iba de viaje a la capital, y le llevó a ver a sus abuelitos que estaban en un pueblecito de Guadalajara. Fué necesario este improvisado viaje para ver el mucho cariño que le profesaban en Petrel; todo el pueblo le despidió con lágrimas en los ojos. Ya tenemos a nuestro amiguito en Albare, pequeño lugar de la provincia de Guadalajara, donde se encuentra con unas gentes envenenadas por la política y la religión; tiene que emplearse a fondo el pequeño amante de la Humanidad para lograr apaciguar los espíritus de los niños del lugar, y dándoles el ejemplo, respetando a los pajarillos y cuidando las flores, logra ablandar el corazón de sus infantiles amiguitos, al extremo de que se disputan todos acompañar y ayudar a un niño cieguecito que hay en el lugar.

Y así discurría la vida en el pueblo alcarreño, cuando la madre le llevó a Madrid, y quiso la desgracia que uno de los días de su estancia en la capital de España los bárbaros fascistas, más bárbaros que Atila, desencadenaron un feroz cañoneo, que hizo tal impresión en su alma noble y bondadosa, que enfermó. Marchó al pueblo con su madre y siguió enfermo; su espíritu, dolorido por la brutalidad de los hombres, no resistió, y al mes justo encontró la muerte, cuando los pajarillos y las flores le sonreían.

FILOMENO



Quiero...

Quiero buscar consuelo en la armonía de un humilde soneto dolorido, quiero buscar el bello colorido de alguna soñadora poesía.

Quiero yo hacer que vibre el alma mía herida por las flechas de Cupido, quiero tener el corazón dormido y quiero que la vida me sonría.

Quiero tener un potrero, unos rosales y allá en el firmamento alguna estrella y una huerta llenita de perales.

Quiero por nido una casita bella y quiero por riqueza unos trigales... Y quiero por amor vivir con ella.

Jesús García

HOGAR-ESCUELA

Todos los muchachos campesinos pueden colaborar en la página infantil de ¡CAMPO LIBRE! enviando con su firma y dirección una cuartilla a máquina o dos escritas a mano, con letra clara, a la calle de Montesquenza, 2.-¡CAMPO LIBRE!

Ayuntamiento de Madrid

Hay que intensificar el trabajo en el campo si queremos ganar la guerra

Por los fueros de nuestra Organización

¿Es necesario que la Organización del campesinado tenga su sello propio?

Decíamos que con los materiales existentes tenemos el deber de construir el porvenir.

Si partimos de la premisa de que el campesino no ha obtenido ni un medio nivel cultural, quiere decirse que en este aspecto nos hemos de nivelar en este terreno, es decir, que debemos buscar el sello, la moldura que saque al campesino de su habitual pereza para leer y para pensar, pues no siempre el periódico y el libro despiertan en él el deseo de saber, de investigar; y cuando leen, su predilección es para saborear nada más que las noticias sensacionales.

En este sentido, el campesinado es un niño grande, al que hay que despertarle de su «sonambulismo» o letargo. ¿Cómo? Con el cinematógrafo, con ejemplos gráficos; aparte de esto, con las correspondientes explicaciones y con la «maestría» necesaria, que haga llegar a sus mentes y a sus sentimientos de lo que son capaces, de lo que podían ser en el futuro, lo que representan en el presente y lo que significan y lo que pueden aportar en bien de todos, y más en bien del propio progreso del campo. Pero todo deber lleva el sello, los caracteres del campesinado.

Y esto es en lo relacionado con el aspecto cultural, con su elevación y con el concepto que tiene formado de los problemas en general.

Ahora nos resta el aspecto social, la faceta sindical, el pulimento del montón de ideas que juegan y chocan en

su cerebro, pero que no atina a centrarse, que no acierta, porque, desconocedor de todas las formas políticas, desconfiaba de todas y de todos los que la predicaban, porque hasta el 18 de julio de 1936 todos le esquilmaron, todos le engañaron.

Hemos de empezar, pero pronto, no hay tiempo que perder, por darle su autonomía sindical, autonomía clara, diáfana, con su matiz eminentemente campesino, con su engranaje todo lo completo posible; que no tenga necesidad de consultar al vecino su propio problema; que cuando se ponga en marcha, ande con paso firme, seguro de lo que hace.

Cuando esto hayamos podido realizar, el campesino mostrará los colores rojo y negro, ufano, contento, satisfecho de ser quien es y se habrá encontrado a sí mismo. Entonces habrá llegado la hora de las definiciones políticas y sociales, porque en su cerebro habrán germinado con raigambre indestructible las semillas que otros seres de la ciudad o del campo han sembrado y han regado con solicitud esmerada.

Por todo lo dicho, es necesario que la organización del campesinado tenga un sello propio, sus características inconfundibles, y al exponer cuanto he expuesto lo he hecho por entender que salga por los fueros de la CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO DE ESPAÑA.

M. DIAZ

Madrid y octubre de 1938.

Nuestros horizontes campesinos

Abastos.—Los Pósitos

Como todo lector, medianamente culto, sabe estos pósitos o depósitos de granos son conocidos en España hace muchos siglos.

Lo que muchos no entienden es que se trata de una institución española socialista, para remediar la usura en los campos de esta combatida patria, hoy víctima en Madrid de la usura comercial más desenfrenada que vieron los siglos. Un chato de vino común que no vale, en justicia, más de diez céntimos, nos lo cobran en bares y cafés por una peseta. ¡Robo libre!, consentido por ciertas autoridades que padecemos en estos tiempos calamitosos en contra del artículo 40 de la Constitución.

Este artículo, supremo Mandamás de la República, ordena, a rajatabla, que sólo deben ocupar puestos públicos los que tengan para ello capacidad y méritos. O se cumple la Constitución en la retaguardia administrativa, como la cumplen los ex milicianos en las trincheras de la vanguardia combativa, o nuestra República va al fracaso administrativo.

El majaterrones debe servir en la agricultura; el panadero debe preparar buenas masas de pan, pero ninguno de ellos debe meterse a alcalde de pueblo sin dar

examen de Derecho municipal, que lo habilite en el conocimiento de la complejidad de los servicios municipales de un pueblo, de una ciudad o de una capital.

Todo lo demás es ganas de jorobar la paciencia de los ciudadanos ilustrados de España y de los ciudadanos proletarios decentes; porque la República ha parido, desgraciadamente, muchos proletarios indecentes, egoístas y tramposos con sus hermanos de hace dos años. ¡Zapatero a tus zapatos!

¡Abogados!: «¡A los gobiernos de los pueblos, de las capitales y de la nación republicana!» Ahí se necesitan los peritos en leyes. ¡Fuera chapuceros! (Constitución, art. 40.)

Pero sigamos con los pósitos.

Esta institución española se adelantó, como en todo, a todas las naciones de Europa en el siglo xvi. Se creó como medida de previsión de las malas cosechas de trigo y otros cereales y como remedio contra la usura. Regulaba los precios variables del trigo; servía para el panadero en días de escasez; sustituía al crédito para ayudar a los necesitados de ayuda, y cumplía, en ocasiones, misiones de beneficencia.

Madrid y Valencia. Ayuntamiento de Madrid

y Sevilla se distinguieron, en materia de pósitos, en los primeros tiempos de estos graneros. Unos eran públicos y otros particulares y hasta los había fundados por curas buenos, entre tanto cura pillete y cacique que ha sufrido la pobre España durante cuatro siglos.

Estos pósitos vienen a ser, en nuestros tiempos y países, lo mismo que aquellas reservas de trigo que recomendaba el célebre José, primer ministro del Faraón en Egipto, según nos enseña la Historia Sagrada, que viene a resultar la Historia del pueblo judío; al cual pueblo no hay que confundir con la plebe judía que perdonó a Barrabás y asesinó al Buen Jesús. Tampoco debemos confundir hoy en Madrid al pueblo sano y competente de la República con la plebe incapaz que quiere trepar a donde no debe y que quiere imponernos su caos y sus desórdenes: el hambre y la usura comercial. ¡Atrás esos! ¡Atrás! ¡A la cola de la fila!

Esos pósitos, llamados *alfolies* por los árabes y *celeiros* por los portugueses, se desarrollaron en España, principalmente, en los comienzos del siglo xvi y al terminar aquel siglo había unos 12.000. Felipe II fundó muchos en 1555; Cisneros había fundado unos 200 en Toledo, Alcalá, Torrelaguna, etc., etc.; el Cardenal Belluga unos treinta y dos en la provincia de Murcia, y los testadores españoles de aquellos tiempos tenían la buena costumbre de dejar legados para fundar y fomentar estas instituciones socialistas, previsoras, bancarias y benéficas.

Como veremos después, otros se encargaban de saquearlas, esquilmarlas y arruinarlas; como hoy (1938), abusando de la guerra, otros se encargan de explotar las necesidades del Madrid hambriento y heroico. ¡Esos a la cárcel!

En 1584 Felipe II dispuso que el trigo de los pósitos fuera guardado con dos llaves y el metálico de los mismos con tres. Habían de administrarlos comisiones de jueces distribuidores, como los jueces o tribunales de aguas de Valencia. Los prestatarios jugaban el 4 por 100 anual del metálico o el 6 por 100 anual de los préstamos en especies.

En 1792 (Carlos IV) había 8.100 pósitos en toda España, poseyendo 400 millones de reales en cereales y 55 millones en metálico. Se tenía, entonces, tres llaves para guardar el metálico y otras tres para los géneros. Eran responsables el alcalde, un regidor y un mayordomo.

Se lanzaban bandos en las épocas de siembra; se presentaban las solicitudes a las comisiones distribuidoras de labradores (*de inteligencia y honradez*), y se repartían entre los campesinos comunes, los más solventes, los pobres y los más necesitados. Se atendían las reclamaciones, se llevaba una contabilidad especial, se tomaban fiadores cuando eran necesarios, se ocupaban escribanos que extendían las actas y se fijaban las creces a réditos en especie.

Por los meses de abril y mayo aumentaba el movimiento de préstamos para pagar al poco tiempo, en agosto, con la nueva cosecha.

A pesar de las seis llaves mencionadas, guardadoras de los tesoros de los pósitos, surgieron los abusos de los particulares y las concusiones gubernativas, los fraudes de las juntas distribuidoras y las quiebras de los labradores de mala fe, que todavía quedan en Castilla en 1938, no obstante la ayuda que viene facilitándoles la República y las defensas que les facilita CAMPO LIBRE.

Ya podían esos cazurros, hipócritas de ho mandar a los escritores de CAMPO LIBRE, que no cobramos una peseta, una camioneta de esos víveres que ahora les sobran, gracias a nuestras defensas antiguas, presentes y sostenidas; pues en Madrid, aunque hay cartillas en las tiendas, yo las llamo, públicamente, cartillas de hambre o de muerte; y es humanamente obligatorio, según el Código Penal, defenderse de todo asesino oficial, sindical o particular (bien nutrido) y armado de pistola o de ridículos consejos de hambre y de paciencia imposibles...

Si los abusos de ciertos socialistas en el campo y en la ciudad (que empiezan a brotar) no cesan pronto, nos obligarán a privarles de nuestras patrióticas defensas para no complicarnos en los chanchullos y usuras que vienen denunciando, con pruebas, algunos periódicos de Madrid y muchos obreros decentes que van y vienen al campo, todas las semanas, en los autos.

Está prohibido por las leyes vigentes y la Constitución, que los desvalidos de hace dos años se conviertan hoy en explotadores, como los ex duques, ex condes y demás fascistas.

¡Justicia! ¡Decencia! ¡Y equidad!

DR. ORBEA

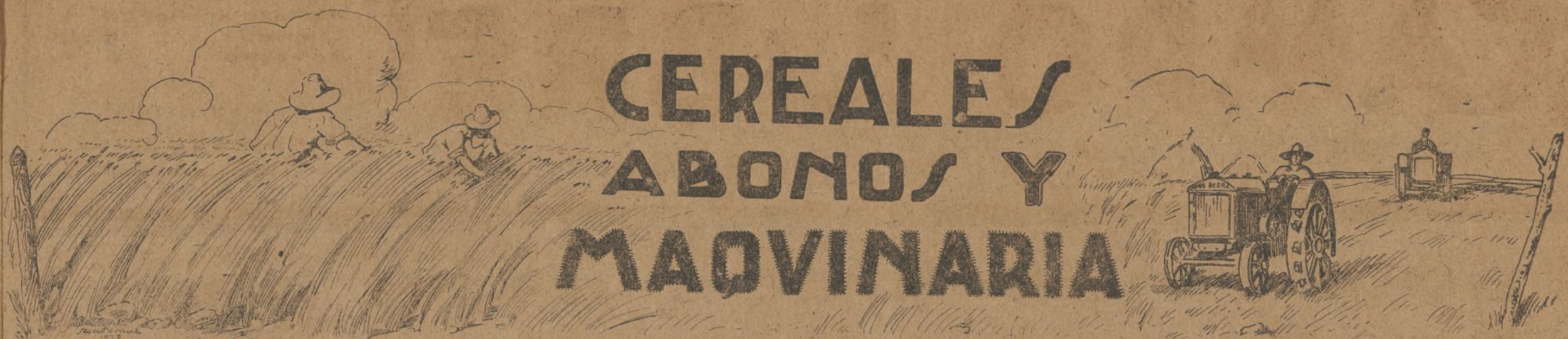
Madrid, octubre 1938.

ADMINISTRACION

La carestía de papel y otras dificultades propias de la guerra, hacen difícil en estos momentos la publicación de periódicos. Esta Federación, deseosa de ponerse en contacto con los campesinos, se dispone a no omitir medio para servir a los lectores de ¡CAMPO LIBRE! Pero es preciso, compañeros, que nos ayudéis. Primero, aceptando el pequeño aumento de precio que las circunstancias exigen. Y después, abonando con puntualidad la suscripción.

Esperamos, por lo tanto, que las Comarcas, Sindicatos y Colectividades enviarán a Montesquenza, 2, por el medio más rápido posible, el importe del trimestre anticipado, o sean tres pesetas cada suscripción.

CEREALES ABONOS Y MAQUINARIA



PREAMBULO DEL INFORME DE LA SECCION DE AGRICULTURA SOBRE PLANIFICACION DE INDUSTRIAS

Hasta el presente se ha cometido con la Agricultura la gran injusticia de considerarla como la cenicienta de todas las demás industrias y producciones, sin tener en cuenta que de ella dependen directamente la mayor parte de los españoles, olvidándose, por tanto, que a sus espaldas no podía instaurarse ningún progreso material duradero, por faltar a la gran masa de población el bienestar que proporciona un razonable poder adquisitivo de las cosas. Lo que ha traído consigo, entre otras razones, que nuestra industria, a pesar de la repetida protección oficial, tampoco haya podido adquirir suficiente volumen, al no poder aún competir con la extranjera, y faltarle suficiente mercado interior.

Hay, por tanto, que volver a la realidad de las cosas y dar a la Agricultura entre nosotros la importancia que se merece, único modo de alcanzar el tan ansiado equilibrio social y económico.

Para ello, lo primero es reconocer que la Agricultura lo es casi todo en España, por su importancia, por su volumen y por el número de ciudadanos que de ella viven; luego, seguir teniendo en cuenta que de ella depende directamente la ganadería, y que de las dos dependen, a su vez, la mayor parte de nuestras industrias (vinos, aceites, alcoholes, azúcares, harinas, conservas, carnes, leche, pieles, lanas...). En posesión de esas verdades, y no olvidando que esa preterición de la Agricultura sólo fue posible por falta de unión de los campesinos para imponerse a nuestros gobernantes, haciéndoles sentir sus necesidades, el plan en que se base este estudio comprende dos partes a cuál más importante: primera, elevar y mejorar en todos sus aspectos la producción unitaria agrícola y ganadera, y después, unir solidariamente sus intereses con los que de ella dependen, de tal manera, que todos ellos (incluido, como es natural, el agricultor y el ganadero) participen de los beneficios de la total producción, evitándose así al mismo tiempo las competencias que entre unos y otros existían. Además de que no es justo que el agricultor, que tarda uno o más años en obtener una cosecha, con muchos riesgos, saque un rendimiento ridículo a su esfuerzo, mientras que el industrial que se beneficia de ese producto obtenga ganancias extraordinarias en pocos días y sin peligro alguno en muchos casos. El complemento de toda esa organización sería poder llegar hasta la distribución y venta de los productos obtenidos, en cuyo caso se habría hecho por primera vez en España la verdadera justicia a nuestro sufrido agricultor y ganadero, al hacerles partícipes de las ganancias totales a que su rudo trabajo da lugar.

A este estudio acompañan una serie de datos y cuadros numéricos, sacados de distintas estadísticas, que, aunque estoy seguro no son completamente exactos en estos momentos (ni tampoco quizá inmediatamente antes de la revolución), como en el campo las evoluciones son tan lentas y sólo se trataba de sacar consecuencias en que fundamentar el trabajo, los he dado por buenos en la seguridad de que, si se pudiera rectificar, no alterarían en nada las conclusiones básicas. También acompañan una serie de gráficos que, como los anteriores,

tampoco tienen la pretensión de la exactitud (ni la escala a que están hechos lo consentiría), sino simplemente la de marcar orientaciones de conjunto.

Por todas estas razones, y por no ignorar que faltan muchas cosas por estudiar (organización al detalle de cada una de las producciones, reglamento de cada una de ellas, prelación de asuntos, estudios económicos, presupuestos...), se ha titulado este trabajo modestamente «Bases para un estudio de ordenación agrícola en la Regional Centro», ya que, como verá el lector, sólo contiene la trama o armazón en que fundamentar un posible plan de resurgimiento de nuestra Agricultura y Ganadería.

Por último, como explicación del por qué no se ha avanzado más en el trabajo, debo manifestar que, de momento, sólo se ha tratado de dar idea de conjunto del modo de solucionar problema tan importante para nosotros, aparte de que, por premuras de tiempo, ha sido ejecutado en menos de ocho días.

Por todo ello, el ingeniero que suscribe está dispuesto, si se creyera conveniente, a seguir estudios tan necesarios e importantes, sin más condiciones que no se le limite tiempo y que pueda contar con colaboradores que le ayuden en trabajo tan complejo y de tanta envergadura.

Madrid, septiembre de 1938.

Orden del Ministerio de Agricultura

Próxima la época en que ha de realizarse la sementera de otoño y siendo en gran parte de la España leal dicha faena agrícola el fundamento de la producción del campo, es indispensable que se atienda por todos los medios a conseguir que la siembra se haga sobre la mayor superficie posible y en las mejores condiciones de eficacia y oportunidad que puedan reunirse, a cuyo fin procede dictar normas generales que sirvan de regulación y orientación de los mencionados trabajos.

En virtud de lo que antecede, este Ministerio se ha servido disponer lo siguiente:

PRIMERO. La Junta Superior y las Juntas Provinciales de Trabajo Agrícola tomarán a su cargo la dirección de las faenas relativas a la sementera de otoño en toda la zona leal.

SEGUNDO. Se encomienda a los Comités Agrícolas locales la ejecución en cada término municipal de los preceptos que contiene la presente disposición, bajo la dirección de las Juntas Provinciales de Trabajo Agrícola correspondientes, así como el cumplimiento de cuantas disposiciones tomen la Junta Superior o las Juntas Provinciales mencionadas, en relación con los trabajos de la siembra.

TERCERO. Para la realización de estos últimos se tendrán en cuenta, con carácter general, las siguientes normas:

a) La proporcionalidad entre los diferentes cultivos, cereales y leguminosas en las siembras de otoño deberá ser por lo menos la usual en cada término, dando preferencia, no obstante, siempre que se pueda al trigo. Se prestará especial interés a las posibilidades de resiembra sobre buena tierra que haya en cada término municipal.

Pacíficos amantes del refranero, dejemos a un lado los «quebraderos de cabeza» y pensemos que, después de haber pasado el «equinoccio» de Otoño



y de habérselo igualado por segunda vez los días y las noches, hemos entrado en el mes fecundo, en el mes sembrador. PERO ANTES FALTARAN COMEDORES QUE SEMBRADORES. Y por si alguno se descuida, ahí está el refranero,

Refranes para octubre

que le da cuatro avisos de esta manera: DE OCTUBRE EN PRIMERO, REPON YA TU APERO.

EN OCTUBRE UNCE LOS BUEYES Y CUBRE.

EN OCTUBRE ECHA PAN Y CUBRE. EN OCTUBRE LA TIERRA ESTERCOLADA Y CUBRE.

Antes, sin embargo, de cubrir la semilla del pan, hay que sembrarla, y para eso no cabe cualquier gañán. En esto tampoco hay «libertad de imprenta»; la semilla no deben sembrarla manos inexpertas.

Es necesario que la desparrame el campesino, el que deja salir del puño siempre el mismo número de granos, como si los contase, y el que los distribuye casi a igual distancia en la porción del suelo en que pueden germinar y multiplicarse. Indudablemente, para ser sembrador de granos o de ideas hay que ser prudente y saber lo que se hace.

Al llegar a este punto de la digresión comienzan a gritar un libro famoso y un elemento no menos famoso, los cuales quieren hacer en vieja fábula castellana la simienza del mes de octubre; del cual dice el libro lo siguiente:

«Estaba Octubre sus misiegos haciendo y va como de nuevo sus cosas requiriendo, y va para sembrar el invierno viniendo, ensayando los vinos que hacen ya ferbiendo.»

Con la siembra de los cereales, que casi siempre es ayudada por una fecunda lluvia, coincide la siembra universitaria.

EN LOS CAMPOS SE ABRE EL SURCO Y EN LA UNIVERSIDAD EL CURSO, sin más diferencia que en el campo se siembra trigo y trigo se recoge, y en la Universidad se siembran doctrinas y la recolección es algunas veces «de calabazas» (de las cuales «Dios» nos libre por siempre jamás, amén).

F. SOLERA
(Hogar - Escuela)

personal militar que deban cursarse al Ministerio de Defensa Nacional.

QUINTO. Las Juntas Provinciales de Trabajo Agrícola establecerán asimismo, con toda rapidez, un cuadro de necesidades de simientes de las diferentes clases en su provincia o de sobrantes disponibles de las mismas. La Junta Superior de Trabajo Agrícola, con la colaboración de la Estación Central de Ensayos de Semillas, dispondrá lo necesario para la movilización de dichas simientes y su entrega a los campesinos a través de las Juntas Provinciales.

SEXTO. Por la Junta Superior de Trabajo Agrícola se organizará la estadística de las superficies sembradas, estadística que será realizada por las Juntas provinciales, debiendo dar cuenta de los trabajos realizados tanto en preparación de tierras como en siembra propiamente dicha en su provincia, clasificando los datos por cultivos, por lo menos decenalmente.

SEPTIMO. Las Juntas provinciales darán sus informes siempre por duplicado, enviando uno a la Junta Superior de Trabajo Agrícola y otro a la Subsecretaría del Ministerio de Agricultura. Barcelona, 16 de septiembre de 1938.

VICENTE URIBE

(Gaceta 20 septiembre 1938.)

Ayuntamiento de Madrid

Laboremos todos para hacer una España grande y libre

Campesinos, no paguéis las rentas

El Gobierno lo ha dicho, campesino granadino. Y antes, mucho antes, lo determinó la Revolución. Es un derecho que nadie podrá arrebatarte a los que en 18 de julio salieron con viejas escopetas a los carriles a desarmar a los guardias de los cuartelillos, los que asaltaron los Ayuntamientos declarados en rebelión contra los más elementales principios de la República y los que más de una vez han entregado sus ahorros en ayuda del Madrid heroico. No paguéis las rentas, campesinos granadinos.

Las rentas te hacen esclavo, egoísta y renegado a tus ideales de libertad y fraternidad. No pienses nunca pagar las rentas. Y si alguien te las pide te vuelves la espalda. No tengas miedo a los usureros, desprecíalos. Tuya es la justicia y tuya es la tierra. El rentero no trabaja y todos los días disfruta de lo que tú, campesino granadino, produces con el sudor de tu frente. Únete con tus hermanos en el trabajo y en la lucha. La unión hace la fuerza. La Colectividad es la unificación de todos los esfuerzos y voluntades. No paguéis las rentas, campesinos granadinos.

El rentero representa a la burguesía. Es tirano contra su misma clase. No lo pierdas de vista, campesino granadino. La tierra es de todos. Y sólo tienen derecho a sus productos quienes la trabajan. Si ellos, los renteros, quieren vivir con comodidad y mantener queridas, que agarran el azadón y el arado. Para comer es necesario trabajar. Y el que no trabaja no tiene derecho a tener auto, radio, criadas y administradores. La administración de los productos pertenece a los que con sus esfuerzos arrancan de la tierra los

productos. Y a nadie más. Los logreros se han terminado en España. El Gobierno lo ha dicho. No paguéis rentas, campesinos granadinos.

Procurad con el calor de esos productos vuestros construir en anejos y villas las más y mejores escuelas; procurad que vuestros hijos no sirvan en el futuro para burla de los que sin privaciones algunas lo tienen todo. No basta con trabajar mucho, sino que también hace falta conocer las enfermedades de la tierra, los abonos que éstas necesitan y cuál es la tierra que más y mejores productos da. Esto debéis hacerlo en bien de la economía campesina. Si pagáis las rentas no podréis hacer nada por vuestros hijos. No paguéis las rentas, campesinos granadinos.

No recordáis, campesinos granadinos, cuando teníais mal año de cosecha y no podíais pagar las rentas, y entonces el amo os insultaba y os amenazaba? Y si esto recordáis, ¿cómo vais a pagar las rentas? Si alguien os la pide, la ley de vuestra razón se la niega. Al rentero no se le puede convencer. Sus ideales son llenar la barriga y cada día ingresar nuevas rentas en el Banco. Mientras él come y derrocha nada le importa el hambre de los campesinos. El rentero ni tuvo ni tiene corazón. Es el veneno humano que chupa y se alimenta de la sangre de los más débiles. Y si tú, campesino, no eres fuerte y no estás unido en colectividad, serás tragado por los más astutos, los más ladrones y los más rastreros. El Gobierno lo ha dicho. No paguéis las rentas, campesinos granadinos.

Y si os la piden no haced caso.

MORALES GUZMAN

CARTA ABIERTA AL COMPAÑERO CLINIO SIMON

Estimado hermano de odisea: Salud. Con profundo y sincero cariño acogí tu grata, que fué en mi poder; soy yo quien debe disculparse por mi tardanza en escribirte y no tú; todo te está permitido, por mi parte, pusiste en juego todo en la lucha que el pueblo tiene entablada contra las hordas carniceras de los traidores, por lo que para siempre te ves privado de la vista, aunque inundado de luz en tu espíritu; ¡ánimos!

A través de nuestra Prensa quizá te enteren del Pleno Regional de Campesinos que acaba de celebrarse en Madrid y que impone su personalidad propia por cima de egoísmos particulares, que se dejaron entrever en algunos sectorcillos, y los desarraigados de la gleba supieron hacer justicia imponiendo debidas sanciones allí donde se merecían.

Todo fué orientado debidamente y se tomaron acuerdos que son como puntas de empuje en la dirección de nuestra Agricultura, tanto en producción como en economía; los informes fueron debidamente orientados y con capacidad responsable: es por primera vez, repito, que los campesinos sacan firme su criterio como bandera revolucionaria. Yo

espero grandes obras de esta Organización, si sabemos orientarla debidamente, y creo así se hará; todo depende de las ganas de trabajar que los compañeros tengan; confío en que de nuestra campaña, yema ayer, sacaremos un vergel incomparable, capaz de servir al mundo campesino en sus grandes obras. Veremos la campaña poblada con el producto de tantos años de esfuerzos inigualables... ¡Y qué placer para nosotros que siempre dirigimos nuestra mirada inspeccionadora hacia los eriales infecundos de las estepas de nuestra vieja Castilla! Aquellos sueños dorados que tantas inquietudes nos proporcionaron, pasarán a ser realidad a costa de muchos esfuerzos; este es lo más grande.

Los montículos hoy quemados por el sol serán poblados de arbolado, y esos montículos pelados y calvos pasarán a ser tema de la vieja historia; las aguas canalizadas y por sus debidos cauces llevarán a nuestras huertas, con el murmullo de alegres promesas, el preciado líquido que las sociedades capitalistas no supieron aprovechar y se perdían río abajo, tristes y meditabundas, con el dolor de no verse acogidas con el cariño que se merecían.

v allá, desde sus desembocaduras, lanzaban su «adiós» definitivo a este país de beduinos.

Pero grandes obras hidráulicas se llevarán a efecto en nuestra tierra, y los grandes transformadores eléctricos moverán sus dentadas ruedas como saludo a quienes, en breve tiempo, supieron realizar en España una transformación tan profunda: así somos los campesinos revolucionarios.

Y firmes, los mocetes en sus puestos de producción, seremos asombro del mundo entero, empuñando con interés las herramientas de trabajo, poniendo en las Asambleas, rectoras de nuestra Organización, el calor que caracteriza a nuestros

ideales de superación espiritual y de progreso colectivo; somos los trabajadores, con nuestro entusiasmo, capaces de realizar la obra cumbre que los capitalistas siempre nos negaron y de orientar a las muchedumbres que, esclavas voluntarias, permanecieron sumisas dentro del marco estrecho de su esclavitud.

A través de mi espíritu un saludo FRATERNAL a los hermanos que desde todas partes de nuestro suelo ponen su interés completo en esta grande empresa, y un abrazo de sincera amistad de tu hermano en pensamiento.

PASCUAL GARCIA

LA PAZ

«En el nombre de Dios Todopoderoso...» (Así no vale.) «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (sin rechilla, es de ritual), las partes contendientes...»

Pues, nada; que me habían encargado la redacción del Tratado de Paz, y estoy haciendo ensayos infructuosos. Había suprimido las cláusulas ordinarias del contrato y había reducido a tres las extraordinarias: Primera. Sálvese el que pueda. Segunda. El que la coja «pa» él es. Tercera. No se responde de averías. Pero resulta que, aunque acertadas y aceptadas estas proposiciones por los contratantes, al explicarlas, como un lío de madeja, entre figuras y requiebros, que más que documento de paz parece lío de acertijo, no nos atrevemos a poner a la firma de los concordantes tanta discordancia.

Un Tratado de Paz (desistimos de la confección) es más serio de lo que parece: tiene que ser claro y preciso, alar bien los cabos, sin equívocos ni segundas intenciones, y todo ello consignado en papel impermeable.

La reconciliación con la diosa Freir, la vuelta de la conturbación, no es así como quiera, y el expediente de una paz no puede redactarlo quien tenga el convencimiento de que entre renglones va el alma de los renglones.

La suspicacia es la virtud que más se desarrolla en la guerra, y de ella andábamos ya bien. ¡Ya pueden venir caudillos ofreciendo pan y paz y alegría a los tristes, que no le hace caso ni la misma doña Fe!

Lo cual es bueno para que el mundo no se encandidezca y pierda la seriedad. Parece mentira que a los dos años y pico de zurrado, haya tíos capaces de tratar de paz; porque sí: es más gallardo el gesto del que arroja la soga tras el caldero, que el de quien, como un sansirolé, se queda con la soga.

Pero ya no hay remedio; la guerra terminó anteayer, según dicen que dijo Prieto y el entender de mi contrario, que, interpretando faroles, se ha quedado con la apuesta que sobre sí sí, sobre sí no, teníamos en pie. Por eso digo: o me engañan los sentidos, o me engañan los adelantados. Podría ocurrir que el engaño fuese doble, pues si la cosa estuviera clara no habría necesidad de que los periódicos enturbiaran el enturbiamiento de los entre renglones. ¡Vaya sutilezas!

Aquí no creemos que el señor Prieto abra la boca para decir verdades como ésta: «Que él, una vez en paz, habló de guerra, y que ahora habla de paz porque la ve venir.» Tiene usted más vista que un lince, señor Prieto; pero no nos tenga en la incertidumbre de cómo será ella, y si no, no intrigue y no haga el juego a nadie. ¡Sería usted capaz de ir a medias con el otro de la apuesta!

La formalidad política de los políticos no puede tamborlear la opinión de los paletos; pero una advertencia queremos hacerle: como no creemos ni en la guerra, ni en la paz, ni en los tratados, ni en ustedes, nos quedamos tan frescos después de su discurso, como si hubiera usted dicho misa; mas para tranquilidad de hacendistas, el empobrecimiento de España con nosotros no reza: anduvimos descalzos y hacíamos que comíamos en los buenos tiempos de la plata y la calderilla. Y no se ponga patético al decir que los que se fueron no volverán; estamos todos dispuestos a irnos donde sea, con tal que humanamente se pueda.

—¿Se puede pasar?

—Hombre, usted verá. Yo ya estoy terminando.

—¿Qué hay de la guerra?

—Lo que usted diga.

EL TIO ROQUE